

**Oración para iniciar la reunión**

Señora santa María,  
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:  
como hija, esposa y madre,  
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.  
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia  
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.  
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor  
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.  
Muéstranos tu protección de Madre  
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

**TEMA 3. LA BENDICIÓN DE LA MISA Y LA BENDICIÓN DEL MATRIMONIO:  
LA EUCARISTÍA, FUENTE DE CARIDAD CONYUGAL**

1)	INTRODUCCIÓN.....	1
2)	LA EUCARISTÍA, MANANTIAL DEL AMOR CONYUGAL.....	2
3)	LA EUCARISTÍA, MANANTIAL DE UN AMOR QUE VENCE AL PECADO Y A LA MUERTE .....	3
4)	LA EUCARISTÍA, MANANTIAL DE MANANTIALES .....	5
5)	CONCLUSIÓN .....	6
6)	CONCRETANDO.....	7
7)	PRÁCTICA FAMILIAR.....	7

**1) Introducción**

La Iglesia nace de la Eucaristía. Para explicarlo, los Padres usaban la imagen de Eva, formada del costado de Adán. Así dice san Agustín: “Eva [fue formada] del costado de aquel que dormía; la Iglesia, del costado de aquel que sufría”. En el momento en que brotó el agua y la sangre, el Bautismo y la Eucaristía, fue formada la Iglesia. Pues somos un solo cuerpo porque comemos de un mismo pan.

Pues bien, esto se aplica también al matrimonio cristiano, de forma que puede decirse: “el matrimonio nace de la Eucaristía”. Marido y mujer son un solo cuerpo en Cristo porque comen del cuerpo de Cristo. Y, siendo la fuente de la unión conyugal, la Eucaristía es fuente de unidad de toda la familia. De hecho, lo normal es que vuestro matrimonio lo hayáis celebrado dentro de una Eucaristía. Y, aunque no sea así, el matrimonio lo celebra normalmente un sacerdote, hombre de la Eucaristía.

Podemos ilustrar con un relato bíblico cómo la Eucaristía es fuente del matrimonio. Es el relato de Tobías y el arcángel Rafael, que le acompaña hasta desposarse con Sara. Descansando junto a un río, un pez ataca a Tobías, que pesca el pez. Rafael le pide que conserve el hígado y corazón del pez, que luego usará para defenderse del demonio Asmodeo, enemigo del matrimonio.

Pues bien, el pez es un símbolo eucarístico, junto al pan y al vino. Como dice una antigua inscripción cristiana, Cristo es el gran pez que pescó María, la Virgen pura, y este pez lo da ahora la Iglesia en alimento a los cristianos. Podemos leer la historia de Tobías como un matrimonio que se hace posible gracias al pez que ha dado la vida por los esposos. ¿Y qué consigue el pez? Vamos a ver tres beneficios que aportó a Tobías y Sara para aprender cómo la Eucaristía es fuente o manantial del amor de los esposos.



## 2) **La Eucaristía, manantial del amor conyugal**

En primer lugar, Tobías y Sara, en su noche de bodas, queman las entrañas del pez en las brasas para el incienso. El humo que les envuelve despliega un ambiente de oración común en que van a recordar cómo Dios originó el matrimonio y lo bendijo.

La oración que rezan Tobías y Sara es la única oración conyugal en la Biblia, es decir, entonada a la vez por los dos. Podemos imaginarlos con las manos extendidas, como bendecían los sacerdotes de Israel, como rezará Cristo en la Cruz, como reza el sacerdote en la Misa en nombre de todos.

Tobías entona una *berakah*, es decir, bendice a Dios y le pide que bendiga su matrimonio. En la liturgia cristiana antigua, la bendición nupcial se representaba por un velo que cubría a los novios, como si estuvieran bajo un manto. Son *cónyuges* porque están unidos por el mismo *yugo* de la bendición divina. La oración termina conyugalmente, cuando ambos dicen: “amén, amén”. La única oración conyugal de la Biblia es muy breve, pero llena de enjundia.

También en la Eucaristía rezáis juntos. No venís a misa por separado, pues en la Eucaristía se agradecen los dones de Dios, y tenéis un don común. Y aunque dos esposos tengan que acudir a diferentes misas, donde está uno está también el otro. Pues Dios no mira las apariencias sino el corazón, y el corazón es lugar de relaciones.

En la creación, el matrimonio fue el lugar de la bendición primera de Dios al hombre. Dios bendice haciendo fecunda la vida, y la vida crece cuando Adán y Eva se aman, y cuando generan a sus hijos. La liturgia dice que el matrimonio es la única bendición divina que no se perdió después del pecado (como sí se perdieron la inmortalidad o la justicia originaria). Eso sí, esta bendición se unió a un sufrimiento grande (con dolor trabajarás y darás a luz los hijos), y quedó herida y renqueante.

Cristo, en la Última Cena, bendijo al Padre por los dones de la creación. Su Eucaristía es una *berakah* donde se recobra la bendición de Dios. Ahora el cuerpo recupera su lenguaje de apertura al Padre y de donación por los hombres: “mi cuerpo por vosotros”, para dar vida: “esta es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,51). Así que en la Eucaristía se vuelven a abrir las fuentes de la bendición. Y al restaurarse la bendición del cuerpo, también el matrimonio vuelve a ser el lugar favorito de la bendición, donde Dios hace fecunda la tierra. Veámoslo a través de distintos momentos de la Santa Misa:

a) En el ofertorio, el sacerdote toma el pan y vino y los ofrece al Padre. “Bendito seas Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre”. Recordamos la oración de Tobías: “Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres... por crear a Adán y Eva...” (cf. *Tob* 8,5). La verdadera razón por la que bendecimos a Dios es que ha creado al hombre y a la mujer. Pues el matrimonio es el lugar donde todas las bendiciones suceden, es el lugar donde se aprenden a recibir todos los dones de Dios, donde cobra sentido trabajar y sudar por el pan cotidiano, donde el vino da alegría... Por eso podéis presentar vuestro amor en el ofertorio con el pan y el vino.

Del pan y vino decimos que son “fruto de la tierra y del trabajo del hombre”. Y esto podéis decirlo también del matrimonio. Es fruto de la tierra, porque no lo



habéis creado ni diseñado vosotros, porque recibisteis el cuerpo y también la fecundidad. Pero este fruto se confía también a vuestro trabajo, para que lo modeléis, para que lo hagáis crecer. Bendito seas Señor por nuestro amor familiar, “fruto de la tierra y del trabajo del hombre”.

b) Del ofertorio pasamos a la consagración. El pan y vino que Cristo tomó se convierten, al consagrar, en su cuerpo y sangre. De este modo el pan y vino llegan a la plenitud de lo que estaban llamados a ser. Es verdad que ya no hay pan y vino, sino el cuerpo y sangre de Jesús. Pero este cuerpo y sangre son la perfección del pan y del vino, pues su cuerpo es la verdadera comida y su sangre la verdadera bebida.

Algo similar, aunque distinto, pasa con el amor humano. Igual que asumió el pan y vino, Cristo asume y transforma vuestro amor. La diferencia con el pan y el vino es que vuestro amor no deja de ser amor humano, sino que, por la relación con Cristo, adquiere una medida nueva. Igual que Cervantes o Lope de Vega, con su modo de escribir, dejaron un español más rico que ahora podemos usar todos, así Cristo, con su modo de amar, dejó un lenguaje del cuerpo más rico, que os regala a los esposos.

c) Está luego la comunión. Adán y Eva podían comer del árbol de la vida. Gracias a este árbol, recibían la fuerza de Dios para poder vivir y para poderse amar. Al pecar, rompieron la unión con Dios y se les secó enseguida el manantial de su amor mutuo. Ya solo querían dominar el uno sobre el otro. Pues bien, la Eucaristía es el árbol de la vida, que nos prepara para la inmortalidad. Al comulgar recordáis que vuestro amor tiene una fuente y recibís el agua de esa fuente. Y podéis confiar que también vuestro amor resucitará.

“¡El cuerpo de Cristo! ¡Amén!” La respuesta al sacerdote es como la oración conyugal de Tobías y Sara: “¡Amén, amén!” San Agustín decía que este “amén” no consiste solo en reconocer la presencia real de la Eucaristía. El “amén” significa también reconocer que nosotros somos cuerpo de Cristo, y que queremos vivir como miembros del cuerpo de Cristo. Quien dice “amén” dice: “sí, ese soy yo, quiero recibir el cuerpo de Cristo para que mi vida sea como la que vivió Jesús y nos enseñó a vivir”.

Pues bien, vosotros decís “¡Amén!” como matrimonio. Y así reconocéis que sois una sola carne en Cristo, gracias al cuerpo de Cristo. Por eso al decir “el cuerpo de Cristo”, el sacerdote os está diciendo: “¡una sola carne!”, y respondéis “amén”, es decir, reconozco que uniéndome a Cristo me uno más a mi marido o mujer. Y esto se extiende a toda vuestra familia, que es “una sola carne”. “Más familia en Cristo”, dice el sacerdote, y respondéis: “¡amén!”.

El pan que recibís es el fruto del árbol de la vida, que da la inmortalidad a vuestro amor. Pero alcanzar esta vida eterna exige combatir contra la muerte. Por eso es necesario pasar al segundo efecto del pez en la vida de Tobías y Sara.

### **3) *La Eucaristía, manantial de un amor que vence al pecado y a la muerte***

El libro de Tobías nos habla de un amor amenazado por la muerte. El drama se percibe en las oraciones paralelas de Tobit, padre de Tobías, y de Sara, tras el fracaso de sus siete matrimonios. Ambos piden a Dios morir, porque falta esperanza. El ángel Rafael lleva estas dos oraciones hacia Dios, que las responde



como si fueran una sola. No solo quiere salvarles por separado, sino que quiere salvarles uniendo las dos familias. Es la solución genial de Dios, que nos da esperanza cuando nos pone en relación, porque la esperanza nace del amor. A Dios no le basta una solución “win-win”, donde cada uno gane por su cuenta, sino que quiere que ganemos como una comunión, como un nosotros: “we-win”.

De nuevo, es el cuerpo del pez el que salva el matrimonio, ahuyentando el mal que les amenazaba. Pues el demonio no resiste el aroma del pez quemado en sacrificio. Esta es la obra de Cristo. Antes que se de la transubstanciación eucarística hay otra transformación, obrada también por Cristo. Consiste en que Él ha transformado el dolor y la muerte en un acto de confianza y de amor al Padre. Y ahora Él llama a los esposos a participar de esta transformación que vence todo obstáculo del amor.

Podemos ver esta lucha de Jesús en las palabras pronunciadas sobre el cáliz. “Esta es mi sangre, la sangre de la alianza, por el perdón de los pecados...” ¿Qué significa derramar la sangre por vosotros y por muchos?

Primero, en la sangre hay una sobreabundancia de vida. Cristo ha recibido todo del Padre, y ahora nos lo quiere entregar. Recordamos aquella política del gobierno británico, que trató de aumentar las donaciones de sangre ofreciendo pagar por ellas. La sorpresa fue que, cuando las donaciones se pagaban, la gente donaba menos. Es decir, estaba dispuesta a dar la sangre gratis, pero no a intercambiarla por dinero. Pues en la sangre está la vida, y todos entienden que la vida no puede simplemente venderse como mercancía, pues hay en ella algo gratuito. La vida se nos ha dado gratis para que la entreguemos gratuitamente, como enseña Jesús.

Este es el dinamismo del amor. Hemos sido salvados por la sangre de Cristo y ahora somos llamados a entregar nuestra sangre. Así se restablece el dinamismo del don, propio del matrimonio. Solo así puede el matrimonio vencer la prueba del tiempo, que amenaza con matar el amor. La sangre evoca una corriente de vida que se mueve a impulsos de un don gratuito, como empujada por los latidos del corazón.

Así sucede en la Misa: circula hacia nosotros la sangre impulsada desde la cruz de Jesús, que es el corazón. Igual que en la circulación de la sangre, la cruz no es solo un evento pasado, sino que su latido resuena en cada misa, como resuena en cada vena el latido del corazón. El corazón no es como el manantial del río, que las aguas luego olvidan, después de nacer, sino que cada vaso sanguíneo siente su fuerza y su empuje.

Del mismo modo, la misa es la presencia en el tiempo del sacrificio de la Cruz. Ese sacrificio sucedió una sola vez para siempre, pero sigue manando en cada Eucaristía. Por eso en la Eucaristía no tenemos solo la presencia real de Jesús, sino que hay una presencia real de su muerte y resurrección. Y como vuestro matrimonio nace de la cruz de Cristo, también en cada Eucaristía se vuelve a hacer presente el sí que disteis en vuestra boda.

La sangre es “sangre de la alianza”, y la alianza es una promesa. Prometer significa decir: “yo estaré contigo”, como si siguiéramos el impulso de la misma sangre escribiendo una misma historia. La promesa es como la vida, porque quien promete ya no puede comprenderse sin la promesa que ha hecho. Esto es algo



esencial para que el matrimonio dure. Los ingleses lo llaman “commitment”, que puede traducirse por “compromiso”. Santa Teresa de Jesús lo llamaría “determinación determinada”, y se da cuando los esposos ni siquiera imaginan una vida fuera del matrimonio por muchas dificultades que surjan, porque renunciar a la promesa sería como perderse a sí mismos.

Pues bien, en la Eucaristía descubrimos que este “commitment” o determinación es, en primer lugar, la determinación de Cristo. Él no cesa de garantizar el matrimonio, pues no puede entenderse a sí mismo ni a su Iglesia sin la unidad de los cónyuges. Lo sostendrá hasta el final, hasta la muerte, dando siempre la posibilidad de florecer en él.

Además de ser sangre de la promesa o alianza, la sangre de la Eucaristía se derrama por el perdón de los pecados. El matrimonio fue instituido en la Cruz, donde Cristo amó perdonando a quienes le mataban, que éramos todos nosotros. Por eso el matrimonio sigue siendo sacramento también cuando hay problemas y resulta difícil comunicarse y pedirse perdón. Recordemos la obra de Karol Wojtyła *El taller del orfebre*, cuando Ana está a punto de abandonar a su marido Esteban. A Ana le hablan entonces de un cierto Esposo que viene, y ella piensa que allí encontrará una escapatoria, otro amado distinto de Stefan. Pero cuando llega el Esposo, que es Cristo, resulta que tiene el rostro de su marido Esteban. Ana y Esteban han sido entregados mutuamente como lugar donde cada uno puede encontrar a Cristo, y es imposible encontrarlo fuera de su unión mutua.

Alguna leyenda judía llama al árbol de la vida “árbol de la misericordia”. Según parece Adán, antes de abandonar el Paraíso, pidió llevarse algo de aceite de este árbol, que les protegería y sanaría, pero no se le concedió. Los autores cristianos decían: ese aceite lo recuperó Cristo, al darnos su Espíritu Santo. Por tanto, este árbol de la Eucaristía no solo nos da su alimento, sino que nos unge con su fuerza para poder recorrer el camino y sanar las heridas.

La sangre de la promesa propulsa a los esposos a su meta última. Hay en la Misa otro “Amén” que dicen juntos los esposos. Es el “amén” después de que el sacerdote, levantando el cuerpo y sangre de Cristo, diga: “por Cristo, con Él y en Él...” De esta forma se unen a su destino, y aceptan ser “consortes” (que comparten la misma suerte) entre sí y con Dios. Con este “amén” podéis decir: sí, tenemos un mismo proyecto, un mismo destino, nuestro viaje concluye en la gloria del Padre.

Hemos visto que el pez de Rafael permite a Tobías y Sara pronunciar la bendición y, al mismo tiempo, responder a ella durante la vida, venciendo a los obstáculos que parecen poner en peligro el amor. Pero hay todavía algo más que este pez, la Eucaristía, realiza en la vida de los esposos.

#### **4) *La Eucaristía, manantial de manantiales***

El pez de Rafael no solo ayudó a Tobías y Sarah a unirse, sino que abrió su amor para donar vida más allá de ellos. Gracias al aceite del pez se pudieron ungir los ojos de Tobit, padre de Tobías, que había quedado ciego. Y Tobit no solo llegó a ver los colores, sino también el futuro de esperanza del Pueblo, liberado de la esclavitud (cf. *Tob 13*). Podemos decir que Tobit intuyó la descendencia de Tobías y Sarah como una fuerza de liberación para el futuro. Ya Tobit, cuando envió a su



hijo a buscar mujer, le pidió que la escogiera dentro del Pueblo de Dios, porque “somos hijos de los profetas” (*Tob 4,12*).

Pues bien, del mismo modo el pez de la Eucaristía abre al matrimonio y lo pone al servicio de una gran esperanza. En la Eucaristía la clave no está solo en sentir a Jesús, sino en entrar en la acción de Jesús, que nos lleva más allá de nosotros. Por eso la Eucaristía es fuente de concordia: querer común, proyectos comunes. Del mismo modo el matrimonio no consiste ante todo en tener un sentimiento agradable, sino en aceptar una misión común: edificar una familia que se desborda en la sociedad y en la Iglesia.

En la Eucaristía, Cristo da a los esposos Su amor, para que se amen con esa entrega que dura y que perdona. Pero a la vez Cristo pide a los esposos que le den a Él su amor mutuo, para que con ese amor se edifique y levante el Reino. ¡Vivamos un amor digno de que Cristo pueda recibirlo!

Jesucristo, en la Última Cena, dice a los Discípulos que va a prepararles un lugar (*Jn 14,2*). Era costumbre judía que el Esposo preparase la casa para conducir allí a la Esposa. Y es lo que hace Jesús en la Eucaristía. Él convierte el amor de los esposos en una morada para que puedan acoger allí a los hijos y abrirse hospitalarios a los hombres. Y esa morada se encuentra en la gran casa del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

En el libro de Tobías, las oraciones de las dos familias suben a lo alto de la mano del arcángel Rafael. En la Eucaristía también pedimos a Dios que conduzca a Él las ofrendas “por mano de su ángel” (*Plegaria Eucarística I*). Este ángel puede referirse al mismo Cristo, que es “ángel”, es decir, “enviado” de Dios. La presencia de los ángeles en la liturgia nos recuerda que el culto no es solo un acto privado, sino público. Pues los ángeles, soldados de Cristo, recordaban a los primeros cristianos que no se podía adorar al emperador, acompañado de sus soldados, porque Cristo era el verdadero emperador. También el matrimonio está llamado a que su amor riegue de vida la sociedad, como manantial de bien común que cada familia es.

En los relatos de institución de la Eucaristía encontramos dos tradiciones. En la de san Lucas y san Pablo, Jesús dice: “mi sangre derramada por vosotros”. Es el círculo familiar de Cristo, sus discípulos. Aquí la Eucaristía se entrega de tú a tú, a partir de un encuentro personal. Este es el ámbito de la familia, donde nace el “vosotros” del matrimonio y de los hijos. Ahora bien, a esto se añade la tradición de san Mateo y san Marcos. Allí no es solo “por vosotros”, sino “por muchos”, “por la multitud”. Y aquí hay una llamada a la familia: nuestro amor no está para quedarse solo en nosotros, sino que tiene vocación de llegar a muchos, para una misión de la familia que evangeliza a otras familias. Por eso la historia de Tobías termina evocando la liberación de toda Jerusalén, que es la esposa de Dios donde se reunirán todas las naciones. ¿Y nosotros? ¿Se entrega nuestra vida “por vosotros” (en el círculo de la familia), y también “por muchos” (en la hospitalidad y el servicio)?

## **5) Conclusión**

La historia de Tobías y Sara nos ha ayudado a ver la Eucaristía como fuente de la caridad conyugal. Juan Pablo II, comentando este libro bíblico, decía que se centra sobre la liturgia matrimonial, que es una liturgia del cuerpo. El pez de la



Eucaristía ritma esta liturgia cotidiana donde ofrecemos nuestros cuerpos (cf. *Rom* 12,1-2). Como hemos visto la Eucaristía es, en primer lugar, el manantial de la bendición de Dios; en segundo lugar, el manantial que nos destina a Dios, fortaleciendo la promesa y renovándola con el perdón; y es, finalmente, el manantial que desborda más allá de los esposos hacia toda la familia, la sociedad, la Iglesia.

San Buenaventura se preguntaba qué diferencia al matrimonio de la Eucaristía, ya que ambos parecen ser signos del amor de Cristo y de su Iglesia. Su respuesta resume todo lo que hemos dicho, pues subraya la sinfonía de los dos sacramentos. Según el santo franciscano, en la Eucaristía los cónyuges se unen más a Cristo, y de este modo se unen más entre sí. Y en el matrimonio los cónyuges se unen más entre sí y de este modo se unen más a Cristo.

### 6) *Concretando*

- 1) Comenta la historia de Tobías y Sara. ¿Hay algún paralelo con la tuya?
- 2) ¿Cómo nutre la Eucaristía tu amor conyugal? ¿Qué es la caridad conyugal?
- 3) ¿Qué importancia tiene la sangre de Cristo para el compromiso conyugal?
- 4) ¿Cómo es fuente de fecundidad la Eucaristía para la vida matrimonial y familia?

### 7) *Práctica familiar*

- que el padre de familia haga una *berakah* familiar en las comidas de los domingos y celebraciones, levantando los brazos al cielo, con esta estructura:

**Bendito** eres, Señor, Dios del Universo...

**porque** nos has dado estos beneficios [se enumeran dones generales o particulares recibidos]

**por tanto**, te pedimos [aquí se pide que el Señor haga fecundos los dones que ha dado, para que alcancen su plenitud]